EL CÓNDOR

V CONCURSO DE CUENTOS REPSOL S. A.

SEGUNDO PREMIO EN LENGUA CASTELLANA

Autora: **Isabel Iglesias Platas**

AÑO 1992

(En Hispanoamérica, la leyenda cuenta cómo el cóndor, al perder a su pareja, renuncia también a vivir).

En el valle no se escucha ni un murmullo. La calma inamovible se ha congelado sobre la tierra: podría percibirse en la atmósfera el temblor de los pasos en un sendero cualquiera. La brisa, temerosa, escapa rápida. Aunque corre de puntillas y recoge su manto, no evita que las hojas eleven su susurro asombrado. Desaparece, diluido en el paisaje, el humo blanquecino de una chimenea, igual que el vaho del aliento al respirar.

Encima de mí, las nubes juguetean como crías aún cubiertas de plumón. Se deslizan por la ladera de la montaña y giran a su alrededor cogidas de las manos, las cumbres parecen ancianos barbados. Después desafían la jactancia de los picachos y se remontan de nuevo, para enseñar a ese orgullo que existe algo más allá de su grandeza.

Yo he atravesado su barrera brumosa y he descubierto el cielo, inmenso, ante mis ojos; he sentido sobre mí los rayos abrasadores del sol y me he preguntado qué habrá más lejos, todavía más lejos... Pero entonces no estaba solo. Yo he volado sobre las aguas gélidas del lago y me he empapado de sus gotas y las he notado sobre mi piel, tan frías que muerden la carne con mil dientecillos... Pero entonces mi yo se exaltaba con la desenfrenada alegría de ser la mitad de uno de nosotros.

Ella me enseñó su magia y aprendí que existía un infinito de la nada. Supo mostrarme, después de un anochecer de fuego, las innumerables miradas de las estrellas, que tintineaban, avergonzadas de nuestra felicidad, tratando de ocultar en su torpe parpadeo las locuras de dos aves dentro del aire helado. Me convenció de que vivir significaba alcanzar lo más alto, descender nuevamente, descubrir otros mundos... Sin embargo, nunca me advirtió que pudiera elevarme tanto que muriese al caer. Y me he caído.

Mi espíritu se ha quebrado, como se quiebran los árboles bajo el peso de un alud; sus jirones de ramas desgajadas agonizan en la llaga asesina. Recuerdo la dicha del antes y me resulta imposible soportar el tormento del después. La nieve cubre las alturas en junio, y parece que, desde su silencio blanco, la muerte disfrazada sonríe sin piedad; a pesar de ello, cada año llega de nuevo el calor y transforma la claridad inerte en agua viva que hace surgir, salidos de la nada, los rojos intensos de la rosa mosqueta entre verdes promesas de un verano sin fin. No sucederá así en mi existencia; yo ya no espero para mí ese milagro de la primavera.

Volábamos juntos, ella y yo, rozando casi la piel cálida y rugosa de las moles de piedra de los Andes. Sus nobles rostros, tallados por el tiempo, nos envolvían con su mirada con la que sólo sabe arroparte aquel que te ha visto nacer. Planeábamos, lanzándonos en picado hacia

abajo y navegábamos en las corrientes del aire; nos perseguíamos, y descendíamos para subir de nuevo. Embriagado de velocidad y de delirios, no presté atención a aquellas dos figuras que se dibujaban, negras y pequeñas como insectos, en las primeras estribaciones de la cordillera, aunque alguna vez alcancé a distinguir sus caras y los extraños bastones metálicos que llevaban sobre los hombros.

Mis antepasados también conocieron a los humanos, por eso ahora no les temí. Yo había oído contar las historias de aquellos hombres de piel tostada, tallada en la madera del coihué, aquellos mapaches que atravesaron la sierra y reconocieron en nosotros la encarnación de su espíritu, de su libertad; aquellos que nos llamaron dioses y nos adoraron. Entonces el rey del valle respetaba al rey de la montaña.

De pronto, un trueno asesino rasgó la calma y el mundo se detuvo, anhelante. Oí la voz de ella, que se transformaba en un últimos grito, inundado de desconcierto. Su cuerpo, privado de energía, se alejaba como un bulto informe, dejando detrás una ensangrentada estela de plumas. Vi, allá abajo, las cuencas vacías de aquel ser que, con la hoz de su escopeta, acababa de segar mi alma. Y entre las rocas retumbaba el ruido interminable de la risa de pólvora que me había arrebatado.

La historia se ha parado. Glaciares que excavan milímetro a milímetro, su camino inexorable en la magnitud

de mi dolor, los días avanzan lentos; monótonos en su hielo idéntico, infinito; enloquecedores en su soledad estéril y aterida. He tratado de olvidarla, de escapar; he querido alcanzar el horizonte en el ocaso, pero su esencia etérea me rehuye en un incomprensible juego que me agota; al final de mi camino descubro que aquella línea curva que persigo se ha marchado, tras su amante cegador, hacia la noche.

Quiero creer, en fin, que me equivoco, que ella volverá pronto a este hogar hoy absurdo. A veces siento tan fuerte su presencia que miro hacia arriba, temblando de esperanza. Escudriño el horizonte. Trató de distinguir, quizá detrás de aquel recodo, su figura familiar. Casi percibo que se me acerca, sin mover las alas, como una hoja seca traída por la brisa de la tarde. Y no regresa. Yo ya no sé esperar, me vuelvo loco; la rabia se me enreda en la garganta; el dolor que me asfixia, luchando por salir, no acaba de escaparse. Busco en el cielo, en la tierra, desalentado, sin saber a quién reclamar su vida... y la mía.

Noto como allá dentro se me desgarra el alma. El mismo tiro que la abatió a ella, alcanzó algún lugar profundo de mis entrañas y no consigo que se cierre la herida. Nunca se posa sobre mi frente la caricia consoladora del alivio, ni cuando sobrevuelo el más majestuoso de los cerros, ni cuando me deslizo a ras de suelo y vuelvo a remontarme hacia la altura, ni cuando rozo las aguas del Nahuel Huapi o las sombrías hojas del bosque de arrayán.

Los rayos del atardecer hunden el resplandor de sus uñas en el corazón blando de los copos. La cumbre aparece tan blanca como si la llama del astro que la besa se hubiese encendido sobre ella. Me da miedo. Siempre supe que la luz se gesta dentro de la nieve. Muy temprano por las mañanas, cuando todavía no se ha abierto del todo el telón negro de la noche y el sol dormita bajo su poncho de sombre, se puede ver una luminosidad tenue, tímida aún, que palpita bajo la corteza estremecida. Aquí germina la larva que engendrará el nuevo día. Después, cuando el rey del cielo ya ha terminado el camino por sus campos azulados, viene a refugiarse de nuevo en el seno donde ha nacido. Y él lo refleja dentro de su cuerpo y pinta en la atmósfera, como despedida, sinfonías de rojos y violetas, destellos que espantan nuestro medio a que su asuencia sea eterna, retazos finales de una jornada que se nos escapa e incipiente seguro de que otra llegará.

Ahora he descubierto que también la tiniebla tiene aquí su cuna. Mis ojos cansados se niegan a cerrarse. Uno a uno, del hogar de los muertos bajo el hielo, regresan los espectros de la oscuridad; el fantasma del viento en la tormenta, que lanza sus gritos de espanto; el fantasma de la soledad, que como un invierno inacabable pasa, convirtiendo su conversación en monólogo, augurio de mi futuro, ya presente, el fantasma de ella, su fantasma, su fiebre inmaterial que me invade y, con infinita ternura en su rostro intangible, me hace señal de que la siga, para conti-

nuar nuestros juegos sin sentido en las laderas del firmamento.

Mi mente atormentada trata de evitar una pregunta, que la atraviesa y la corroe como un ácido. ¿Por qué no recibí en su lugar aquella bala?

¿Por qué no protegí su cuerpo con el mío? Entonces surge, inconmensurable, el enemigo más terrible, la culpabilidad, que con su cuerpo ingente me pisotea hasta que mis pulmones exhalan el aliento de un lastimero adiós.

Cada noche me imagino muerto. El vacio del silencio no parece esconder sino el escalofrío fatal de una mano huesuda que aprieta el corazón y lo destroza; repite, dentro de mi oido, el eco jocoso de su carcajada jadeante. Creo escuchar, provenientes de las paredes agrietadas, susurros de ultratumba que reciben mi llegada a ese otro reino.

Cada amanecer, escucho el canto de la naturaleza al nuevo día. Los árboles peinan al viento sus cabelleras alborotadas durante el descanso; los últimos sueños se desgranan en gotas de rocío, que resbalan para ahogarse en el suelo. Aquí y allá se despliegan, librándose del polvo y de las pesadillas, las alas fuertes del águila, las multicolores de la mariposa. Los ciervos asoman sus hocicos temblorosos y los ocultan de nuevo, por temor a la helada y a la muerte. Me doy cuenta de que me he engañado hace unas horas, pero no me alegro por ello.

Se está escondiendo la luz tras la montaña. Esta vez no esperaré a que vuelva. Iré con ella a descubrir algo nuevo, algo que me ayude a soportar este peso que aquí ya no aguanto más.

El cóndor se desprende de la roca como un fruto maduro de su rama, igual que tantas otras veces. Pero no abre las alas. Baja despacio, porque el viento, que lo conoce, no quiere dejarlo morir y acuna aquel cuerpo en sus brazos etéreos. El ave tiene una mirada dulce, triste y resignada.

De pronto cree ver en el horizonte una silueta que se recorta contra el círculo grana. El pájaro la distingue en su caída y se abre al soplo del aire como la flor a los rayos de la primavera. Al fin, los dos se encuentran en el espacio y vuelan juntos, con un mismo latido, hacia el sol que se pone, hacia la vida.